

Pedro Nolasco Alcántara Madroñal

**Loas a Nuestra Señora
Madre de Dios Coronada
Santa María del Socorro.**

Hermandad del Socorro Coronada,
Alcaldesa perpetua de la ciudad de
Córdoba.

5 de septiembre de 2015

Agradecimientos

Con todo corazón, dedico este texto a estas personas que me han abierto las puertas de esta casa y de sus pechos, concretamente a la Persona de Juan, que fuera hermano mayor de la cofradía, a Eduardo, y a Paco, hermanos.

1. El Encuentro

Nunca imaginé que vendría a verte.

Nunca. Quizás más mayor, puede, cuando la vida ha dado ya muchas vueltas y uno, que va siendo viejo cada día más, conoce mundo, personas, amigos, conexiones inesperadas que lo llevan a visitar lugares tan cercanos y a la vez tan distantes en la memoria y el espacio.

Córdoba, lejana y sola, como se escribe en las líneas inmortales de aquel poeta que nadie conoce y todos recuerdan, llamaba en su atardecer caluroso de blanca espadaña conventual y ribera de junco altivo.

Córdoba me llamó, a través de ti. Y tú, inesperada y hermosa como la primera flor que la primavera temprana regala en un bello patio, como el primer calor del estío que asoma por mayo, te manifestaste en la mayor de las teofanías, puesto que aunque no eres Dios, sí su madre y su portadora en brazos desde un lejano Bizancio y su arte.

Jamás, en mi vida, pensé que me vería aquí, hablándote para dentro, como el sacerdote que reza la oración secreta antes de comulgar al Dios vivo, y proclamándote para afuera, voz en alto como un vocero muecín árabe que pregonaba, o bien las bondades de su Dios desde los altos alminares, o bien las excelencias de sus productos en el mercado.

Pero así me ves, y así me hallo, postrado de pie y soñando despierto desde aquel día, entre las fiestas de Jesús Sacramentado y pentecostés de este año cuando el hermano mayor de tu hermandad, en nombre de la junta de gobierno, me proponía la exaltación que de lo hondo de mi pecho debe brotar a tu dulcísimo nombre, gesto que agradezco enormemente desde estas líneas, así como la sincera presentación que se me ha brindado y que, de seguro, excede en mis virtudes y es misericordiosa en mis defectos, mil gracias de corazón.

Corrían los días, las horas, como cantaba Bambino en sus letras por bulerías, del mes de junio cuando comencé. Señora, el cumpleaños de los 16 veranos y 2 milenios de prédica de tu sobrino Juan, Hijo de Zacarías e Isabel se acercaba, y yo, como la Judea que lo vio crecer y a ti parir a Dios Hijo, me encontraba seco y desesperado por esta guerra interior sin sangre que me rodeaba. La guerra era decirte que sí, que aquí estaba yo para cantar tus loas, pues sabes bien que mucho te he cantado y compuesto bajo mil caras en los templos, o decir que no y quedarme abyecto y humillado en mi interior sin poder expresar tanto, tanto que deseo decir de tu todo.

Ganó el sí.

El sí, como el "fiat" de tu boca a San Gabriel Arcángel, llenó mi mente de ideas, mis ojos de lágrimas y mi corazón de amores. ¿!Cómo!?¿!cómo podría yo explicar esto!? no encuentro más palabras que las de pregonan las piedras de la corredera. Más explicaciones que las de los naranjos que circundan tu puerta. Mayor disertación que la de aquel farolito que cuelga junto a tu estampa, rancia y añeja, en la fachada que tanto cordobés recuerda durante su vida y tantos otros foráneos nos llama la atención.

Señora. Como tu sobrino Juan, vestido con la desnudez de la fe, la áspera piel de camello del ser católico hoy en día y con el cayado de tu estampa dentro de la cartera, hoy me planto aquí para decirte lo que muchos han dicho ya, pero nadie ha enunciado en mi visión personal. Aquello que otros han cantado, pero no con mis notas. La verdad que es universal pero a la vez tan personal como la relación de un hijo con su madre. Aquello que los versos, con sus equilibrios propios del juglar medieval, quieren lanzar al aire como los aleluyas que te caían en forma de estampas por tu plaza de las cañas...

Plaza acogiendo a aquel nardo
Y amplísima luna de amores
Que derrochando fulgores
Pasa dejando su rastro.
Digo siempre, y no lo gasto
Por mucho que lo repita
Que la capilla chiquita
Que hay junto al arco de abajo
¡Se vuelve del cielo atajo
Por verte, virgen bendita!

Por verte virgen bendita
Llora San Pedro en su puerta
Y allí, en lineros despierta
El incienso una fingida
Memoria de otra vida
Y en un dulce sacrificio
Me va formando un resquicio
Donde habitante de amores
¡Vi corredera, vi flores
Y vi fuegos de artificio!

Y es que septiembre llegado
Donde celebra de azules
Los doseles, que te aluden
En color inmaculado
Va trastornado el pasado
Y volviéndolo presente
Y cuando siente la gente
Que van llegando tus días
Te imploran a ti, María
Que los guardes para siempre.

Pues ¿no es acaso tu nombre
Un auxilio y un amparo?
¿no es primoroso bordado

Y no es salvación del hombre?
No es acaso un que, un conque
Un porqué, una manera
De conservarla a tu vera
Y rezarle a La señora
Nombrándola hora tras hora...
Socorro en la Corredera!

2. El resplandor

Señora, me deslumbrasteis. Me deslumbrasteis más que cualquier otra luz que del cielo quisiera bajar, más que cualquier estrella rutilante de larga cola que en el firmamento glosase las loas de mi Dios y Criador. Cuando una tarde, con un poco de mal tiempo, con el cielo nublado y con un vientecillo molesto y frío que recorría extrañamente la calurosa ciudad del verano, la blanca y califal corona de los Omeyas, vine a tus dominios a verte salir de tu trabajosa, casi diríase de parto, salida. La Ermita, bonita y coqueta como le decían a la catedral de Oviedo en la regenta, la Ermita vecina a la corredera me abría sus entrañas para verte coronada de campanitas y dorados acantos. Los nardos despuntaban, la gente esperaba fuera y el revuelo de las blondas de las mantillas acuciaban la salida, la apresuraban, puesto que la reducida pero justa dimensión del interior no permitía, y gracias a Dios, la aglomeración de cuantos iban a cortejar aquella oscura tarde a la que se encontraba sobre las cabezas de todos. Enhiesta dentro de aquel templete, con unos angelitos que sostenían unos un merengue, otros unas uvas...y enjoyada como una sultana, que recordaba al salmo bíblico de la sulamita:

“De Pie a tu derecha está la reina enjoyada con oro
Ya entra la princesa bellísima
Vestida de perlas y brocado
La llevan ante el rey con séquito de vírgenes”

Realmente una labor ímproba, quizás fácil vista desde fuera pero no para aquellos que conocemos a las hermandades, y a las hermandades de gloria, más pequeñas y familiares que nunca . Estas hermandades , esta hermandad, a la cual me siento unido con un especial nexo de cariño, van olvidando lo que otrora fueron, las grandes devociones de las ciudades y los pueblos, cuando el orbe católico era conocedor de la alegría del evangelio y la gloria festejada en Dios y su Madre, y no se centraba, como ahora, en una mal entendida cuaresma y apenas atendida resurrección. El santo padre, Papa Francisco, en su última encíclica “ laudatio sí” nos anima a volver a la alegría misionera de la trasmisión del evangelio, y toda la iglesia utiliza sus medios locales, que en nuestra España y su sur es la imaginería y el nexo de los creyentes con ella para alcanzar lo realmente importante, que es la eucaristía y la conexión con Dios.

María, conocedora de nuestra necesidad, auxiliadora de los cristianos como su nombre y letanía indica, ya ostentaba con anterioridad en el mundo y Córdoba el Dulce nombre de

Socorro, puesto que además en la oración más antigua dedicada a la virgen María, el " sub tuum praesidium" de san Bernardo de Clairvaux, el amparo de la virgen se traduce en el socorro de esta madre amorosa por sus hijos, entregados a su cargo al pie de la Santísima Cruz en la hora del Calvario.

Señora Santísima, sabes bien que vengo de una tierra donde tu nombre cordobés, el de Socorro de las Ánimas, va unido a otro que tu hijo ostenta desde que fue engendrado por Dios Padre Omnipotente. El del Amor. Amor y Socorro, Socorro por el Amor, y Amor en el socorro. Unidos en simbiosis. Cristo socorre a la humanidad en la cruz entregándole el amor de su Madre. La Virgen Santísima de la corredera socorre a Córdoba por el amor de su hijo, milagroso suceso, que la honra con la alcaldía perpetua de esta anciana matrona urbe. Auxiliandonos, a través de los tiempos y el espacio, la Madre de Dios se convierte en los títulos que la salve le canta, abogada, señora nuestra, intercesora...

San Bernardo también decía que siendo tú un acueducto de las divinas gracias, cualquier cosa que por ti se pida jamás debe ser desatendida de tu padre, hijo y esposo. De tan augusto santo nos has dejado la doctrina por la cual tu ciudad, tu Córdoba, anciana que en mayo se troca adornada con sus mejores galas que la rejuvenecen, te rinde pleitesía a tus plantas como se arrodillan en los viejos grabados de tu historia Acisclo y Victoria.

Los santos niños mártires de la imperial Roma nunca han dejado de recordarle al cordobés que María es su Madre, aunque como aquel milagro de una virgen chiquita, también dijieran que debían hacerle caso. San Acisclo y Santa Victoria, custodiando en su retablo a la emperatriz de cualquier imperio terreno o celestial, no dejan de ofrecer la palma y la espada de su historia como signos renovados que deben verse como una lucha y el triunfo de la misma en pos de la defensa y el engrandecimiento de la devoción de la Virgen del Socorro coronada.

La corona del martirio se ceñía
Victoria niña en su cuello aleve
Y no podía ser menos el nene
Que Acisclo de nombre se decía.

Puesto que en defensa de fe morían
Triunfo y palma adornan sus sienes
En promesa de la gloria y de los bienes
Donde dulce les aguardaba María.

Y aunque hoy ella asunta, está gloriosa
En su trono de amor y filigrana
Donde el monte y la ribera se reposa

Y alcaldesa de la villa soberana
Con los mártires patronos tan hermosa
Luce dentro en su capilla de la plaza.

3. La Amada del cantar de los cantares.

Y a quien puede describirse su estampa... casi torera, por lo fino del talle. Junco de la ribera se me antoja tu talle, María. Tu perfil fino, con esa naricilla casi insolente por lo altivo de la mirada, se vuelve dulce y delicado por el entorno de los ojos bajos, de aterciopelada caída.

“morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de quedar, como los pabellones de salomón”

Madre amante, de enrizados cabellos que con tanto amor he visto que cuidan sus camareras y Eduardo, que con su gusto consigue que luzca aún más hermosa la que por gusto de Dios es la más perfecta de las mortales. Hermosa y morena entre los finos encajes de telas de araña que tejieron siglos y devoción a la Madre de Dios Inmortal, que guardando su grey amorosa reparaba en los bíblicos versos:

“ Oh hermosa entre las mujeres, ve y sigue las huellas del rebaño, y apacienta tus ovejas”

Señora de la Corredera, Virgen de San Pedro y flor de las riberas del río grande, que llevas a tu amado como un manojito de mirra, hierbabuena y mejorana junto a tu pecho, los seis de mi Sevilla con los versos de Muñoz y Pavón cantaban a tu pureza inmaculada entre las espinas cuando los fríos de diciembre anunciaban tu parto, en el bello responso de tu nombre, Socorro, donde las antífonas de la expectación con sus oes se llenan de tu esperanza verde, Socorro, donde el auxilio perpetuo como la lluvia del rocío de la gracia nos inunda día a día en las tinieblas tenebrosas de nuestras faltas.

Madre amada, amada desde antes de mi gestación, como corresponde a todas las almas que nacen en estas tierras de Andalucía, madre querida que velabas las cabeceras de tantas generaciones que te regalaron a tu Córdoba, tu blanco relicario, paradigma de ti misma, como el “ ortus conclusus” o huerto cerrado donde la pureza no es mancillada si no por el rubor cristalino del agua de un surtidor, como tu gracia, surtidor de las mercedes, hoy te pedimos mi voz y la de tus hermanos y cofrades que derrames un poco de tu singular belleza en las niñas de nuestros ojos.

Alumbrando a la ciudad
Alba naciente y tan clara
Desde que el Padre ha querido
Concebirte inmaculada
Y es de Ana y de Joaquín
Con toda su estirpe larga
Que ha nacido entre cantares
La purísima sultana
De las calles de la villa
Sus callejones y plazas
Y es que naciendo estrella
Dios te ha querido gitana

De largos cabellos negros
Con la melena enredada
De luceros y jazmines
Mariposas y algazaras
y manos de bordadora
bellas, finas, tan delgadas
que sostienen a su niño
como trono de la gracia
y el cetro de realeza
y el rosario, y esa vara
de nardo que prefigura
Tu talle, tu luz, tu cara
De marfiles delicados
Y carmines encarnada
Con los ojos entornados
Y con la miradita baja
Nena que siendo señora
Es una joven preñada
De amores y poderío
Porque al Dios de Dios encarna
Y enarcando el entrecejo
En una expresión cercana
La flor de la corredera
A sus fieles presta llama
Como el campanillo chico
Que el villancico cantara
Torre que eleva su porte
En las puertas de la plaza
Como tallo de azucena
Por sus glorias rematada.
Como un fanal de espejuelos
De un relicario que agrada
A todo aquel que venere
La belleza de su cara
Su rostrillo le da luces
Y su rostro le realza
Encajes finos de oro
Y bordado manto de águilas
Y cuatro tallos que surgen
Y raudos corona agarran
Viene por estrechez la virgen
En la noche, luz tan casta
Que faro de amor ha querido
Llamarme a mi, en la lejana
Tarde de su salida

Que ahora veo cercana
Virgen de amores vestida
Madre de Dios venerada
Sol de los soles espléndidos
Sois por el tiempo tallada
Quiero señora deciros
Que derretida mi alma
Por esos ojos de tórtola
Hoy escriben las palabras
Que esta boca te recita
Y el corazón te declama
Y diciendo en todo gozo
Y ante Córdoba sentada
Grito rosa de los vientos
Que acoja esta alabanza
Y repita en todo el orbe
Para que lo oigan las almas
¡Viva La Madre de Dios
Del Socorro Coronada!

4. La Juventud Socorrera.

La virgen María, Socorro de mi alma y santísima cordobesa del barrio de San Pedro, era excesivamente joven según los cánones actuales para haber dado su "sí" y concebir a un niño en sus entrañas, hasta siendo su mismo creador el que se le metió en el vientre "como un sol atraviesa el puro cristal" según las letras de los campanilleros. La Virgen, que aun siendo madre siguió siendo virgen, cosa que nunca entenderán otras religiones y hasta los mismos luteranos, llegó a desarrollar tal entrega y amor a su hijo que es tomada como modelo de la perfecta cristiana.

¿sabía ella que su hijo era a su vez su padre? ¿el que la creó? ¿el que al principio de la historia, de la existencia del mismo Dios, ya la quiso inmaculada para y por ser el Sagrario vivo de toda la divinidad? Quién sabe. Lo que sabemos es que el amor que la inundó la convirtió en una radical del amor a Dios, al igual que nuestra madre y patrona Santa Teresa de Jesús, "engolfada" de Dios según sus palabras. María, la inmaculada, la reina de todo lo creado, la Madre de Dios, la intercesora que escucha y socorre nuestras súplicas, se convierte en bastión de cristo en su eterna juventud de 33 años.

La juventud socorrera, "poquita pero matona", como parafraseando el refrán, lucha porque en cada día de la procesión de la virgen la total protagonista, el motivo de todo, sea ella, y solo ella, custodia del divino infante que porta en su brazo izquierdo. Ella sola, el motivo de su hermandad, de su procesión, de sus mantillas y cohetes, de la música, las flores, los adornos... ella sola y nada más. Nada de encumbramientos personales, ni de rencillas que no

conducen a nada. Solo ella, como madre y maestra de todos sus hijos, hermanos entre ellos bien por sangre o bien por Cristo, o bien por ambos. Ella luciente como un sol por la estrechez de las calles que la acompañan, alumbrando como una blanca luna del mes de nisán vestida toda de blanco y con el fulgor de las mil y una alhajas que lleva.

La juventud socorrera, "se parte la car" a en los cultos, en el besamanos para que no falte nada, cuando la avisan para poner flores, para recoger o montar, como cualquier otra juventud de cualquier otra hermandad, una vida normal. Yo, joven como ellos, si bien no hermano si primo de la hermandad, hago aquí un alegato para que la juventud se arrime a las juntas y a las hermandades y estas los acojan con los brazos abiertos. ¿quiénes somos unos para ignorar la herencia que nos regala los siglos de la devoción, y otros para negárnosla? ¡ Abrid las puertas! ¡Que se alcen los antiguos portones!! Dejadnos empujar que fuerzas tenemos, y estamos deseando de regalársela a nuestra madre del socorro, dejadnos, dejadnos adornar, cantar, festejar como David ante el arca, dejadnos honrarla por los miles de favores y mercedes que nos regala sin saberlo y que nosotros, pobres ignorantes, apenas llegamos a atisbar.

Virgen del socorro ¿quieres?
Que todos los que en ti veamos
Un poco de paz y de luces
A nuestras penas y llantos
¡Nos unamos a tus plantas
Nos llenemos de tu encanto
Y empujemos a la gloria
Lo que otros trabajaron!
Virgen del socorro ¿quieres?
¿Qué tanto esfuerzo en vano
Con frutos de buenas obras
Se vea recompensado
Que todos los cordobeses
Y también nos, los foráneos
En fiesta por ti de gozo
En tu fiesta nos unamos?
Virgen del socorro ¿quieres?
Y así me respondes ¡ hazlo!
Quiero que empujes arriba
Quiero que te arrimes, guapo
Y no sea solo boquilla
Lo que tú me estás contando
Madre amorosa del hijo
Que quiso hacerse un humano
Hija gloriosa del padre
Que el universo ha creado
Esposa fidelísima
De Dios espíritu santo
Auxiliadora del alma

Y modelo del cristiano
Apóyanos en tu gracia
Empújanos con tus manos
Y socorre nuestras cuitas
Que aunque jóvenes, erramos
Virgen del socorro, dices
Que seamos como hermanos
Unos grandes, otros chicos
Pero todos empujando
Por ti, y por tu casa
Por tu hermandad, por tantos
Que en ti velan las noches
Y los días que llegaron
En la vejez, la soledad
O cualquier aspecto malo
Virgen del socorro, ¡empuja!
A estos jóvenes, sanos
Que quieren luchar por ti
por un mundo más humano
en la fe de cristo vivo
que los mayores legaron
cuelga del cielo guirnalda
que tiren las nubes pétalos
y los ángeles por la calle
te eleven un nuevo canto
el día de tu salida
y en la ermita, rezando
virgen del socorro ¡escucha!
Madre mía, y haznos caso
Guarda a estas juventudes
Bajo del pollero y manto
Socórrenos en las cuitas
Y dános siempre tu amparo
Virgen del socorro ¿quieres?
¡Que córdoba está esperando!

5. La magna Regina mater

El calor. El calor que desprendía el suelo, al medio día, era insoportable, como los largos estíos que la sagrada familia sufría en los desiertos alejandrinos de su largo exilio. Córdoba se convertía en una africana doncella que, blanca como una perla y morena por los montes que la cobijan, acogía en el solano de aquel junio eucarístico la inesperada durante siglos, añorada durante años y esperada por meses visitas de las patronas y vírgenes coronadas de la provincia, por el aniversario de la santa iglesia catedral de esta Insigne ciudad, otrora mezquita del culto mahometano. Cuando la Santísima Cruz fue enhiesta entre las dovelas de aquellos

arcos bicolores, blancos y rojos como la sangre y el agua de la divina misericordia, la luna mora se tornó en una humillación que ya quisiéramos muchos devotos de la Santísima Virgen. La luna de nisán pasó de ondear en los estandartes califales a postrarse de hinojos en las plantas de nuestra madre y señora, Santa María madre de Dios.

Tantas sienes coronadas se congregaron por las romanas callejas de la urbe que nunca nadie pudo suponer que las raíces que la ribera echó en tierra pudiera albergar tanta coronada junta, tanta patrona, tanta devoción, unidas por el aniversario que nos ocupaba. Santa Marina, San Francisco, la Trinidad,... acogiéndolas, y otras en sus propias casas, como nuestra Madre del Socorro Coronada, reina de su Corredera y Alcaldesa de esta Corduba, imperial por tanto imperial de filigrana que sus coronas trajeron. La virgen del Socorro, plato fuerte de este banquete para los sentidos junto con renombres de Sierra, Piedad, Dolores... y tantas otras, causó admiración en los que no la conocían, como mis amigos sevillanos, que si bien habían estado antes en esta agraciada tierra hermana a nosotros, no conocían ni sus glorias ni lo particular de ellas, y de cuyas bocas impresionadas surgieron comentarios que , siendo sevillanos, ni podían ni dejaban de ser de otra manera que por las seguidillas de mi tierra, llamadas sevillanas:

La virgen del Socorro
¡cuánta hermosura
Se recoge en el talle
De su cintura!

Guapa señora
Si en Córdoba vives
Judea añoras.

La virgen del Socorro,
Tan elevada,
Como sol entre nubes
Va coronada.

¡Oro brillante
Se posa en tus sienes
Junto a diamantes!

La virgen del Socorro
Junco del río
Lleva entre sus manos
El amor mío.

¡Amor de amores!
Es su niño santo
Rico en perdones.

La virgen del Socorro
¡Tan elegante!
Los mártires niños
Trae delante.

Santa Victoria
Le dice a su hermano
Que esto es la gloria.

La virgen del Socorro
¡Madre y doncella!
Lleva entre sus nardos
Ricas preseas.

Dulces regalos
Que a ti el Sánchez Peña
Siempre ha mandado.

La virgen del Socorro
Tan soberana
Es vuestra Alcaldesa
Y madre amada.

¡Luz y alegría
Que llena San Pedro
Con su Salida!

6. La voz que despierta.

La voz que despierta... en Córdoba. La voz de alguien que no es cordobés, ni pretende serlo, pero que debe hablarle al cordobés de lo que es más suyo que de nadie, y sin embargo es tan de todos como el rey de los reinos de España.

Una voz, la mía, que desde pequeño no recibe la educación para el delecto de lo imposible, la lección de lo inenarrable y la declamación de las musicales letras poéticas. La musa que inspira a estas torpes palabras pudo más que los celos y los miedos, pero aun así necesita de todo el apoyo y la comprensión que le puede ser posible. Por eso, pidiendo perdón por lo fallado, y agradeciendo lo que haga podido gustar, no le queda más que ponerse en las manos de la que creó de su carne al que la creó a ella, la que dio vida de forma recíproca a quien a ella se la dio, y la que entrega a su ciudad lo que ella debe recibir, amor. Su blanca Córdoba de muros infranqueables y poco pregonadas sonrisas, de estrechas calles y anchos abrazos, y la de cerradas ventanas y abiertos corazones.

Santísima María
Enhiesta como veleta
Nazarena de tronío
Y signo de la belleza.

Gloriosa entre jerarquías
De celestiales "potestas"
La rosa de los beatos
Se brinda ante tu presencia.
Cual Dante me siento, virgen
Por llamarte medianera.
Y luz de luceros claros
Y rutilantes estrellas,
Me alumbran, cuando te escribo
Y las palabras, me dejan,
Por nombrarte faro y guía,
Por declararte la reina
De Dios padre, Coronada
Y de su espíritu, electa.

Tabernáculo de amores
Que acogiste, dulce y presta,
Al chiquillo, que perdido,
Iba llamando a puertas
De pechos y corazones,
Por refugiar su pureza.

Madre de Dios encumbrada
De Sión, santa palmera,
Cedro del Líbano hermoso
Y del sharón rosa, hiniesta.
Vuelve amorosa tus ojos
A tus hijos, y a sus penas,

Mira que Córdoba llora
deseando tu respuesta.

Mira que Julio Romero
Ya no pinta, ya no espera
Al ladito del brasero
A tu carita de cera.

Mira que calle Lucano
No tiene fin, ni lo encuentra,

Si no te sabe viniendo
En pos de la Corredera.

Mira que San Rafael
Entre sus triunfos de piedra
Te va llamando, y llamando
Y llamándote se queda.

Sol entre soles claros
¡luz de la primavera!
San Jacinto y sus dolores
Serán tu barca y tu vela.

¡Mira que la Trinidad,
San Francisco, y la Ribera
Van esperando tu paso!
Aromando a hierbabuena
Y a la albahaca florida
Tus cumbres altas de sierra.
Y tus purísimas miras
Donaire de tu cabeza.

Adornos de filigranas
pétalos de rosas frescas
serán espejos del alma
donde encontrarte se pueda.
¡Córdoba clama a destiempo
Como en ritmo de galeras
Para invocarte, señora,
Letanías postrimeras
Por tal de hallarte, María,
Protegiéndola a su vera.

¡Córdoba te ha coronado!
¡te ha proclamado reina!
Por los siglos de los siglos
Cual guardiana sempiterna
Y esta urbe, roma y mora,
esta Córdoba serena,
¡ ha de guardarte, Socorro,
Como abogada y maestra!

Ave María Purísima.